

(Viene de la página anterior)

poeta a la llegada del bello tiempo y más en nuestras amables latitudes convertidas en verdaderos vergeles? — si permitido nos fuera, aconsejaríamos a nuestros buenos amigos los dignísimos funcionarios de la Administración local, que, ahora que ya el aire dejó su anti-pático oficio de aleve estilete para tornarse suave y refrigerante caricia, dejarasen, así como al descuido, un poco entreabiertas las puertas de sus respectivos despachos y oficinas para que así, a través de ellas, pudiese libremente penetrar en los escasamente amenos obradores burocráticos el perfumado aliento de las flores, generosamente presentes en su frágil y tentadora promiscuidad.

Quién sabe si, entonces, seríamos testigos del gran hallazgo que para el acervo de la historia local indudablemente habría de suponer el casual y feliz descubrimiento, entre la farragosa argumentación de un «resultando» y un «considerando» — ¡pobre gerundio! — cosas ambas perfectamente serias, de la fina y delicada sonrisa de una estrofa desgajada de incipiente, inspirado madrigal.

¿No creéis que, ello solo, sería suficiente a justificar las cifras de la nómina municipal por lo menos por toda una generación?

Nosotros, algo enteradillos de los recovecos del ambiente, sí lo creemos, y no tan infundadamente como acaso pueda parecerle a algún escéptico lector, seguramente poco ducho en estas abstrusas y áridas, pero que ya se han revelado ineluctables, materias de la actividad burocrática.

Eduardo Bardas Planellas



Tras cristales ajenos...

por L. d'Andraitx

Tras cristales ajenos, — puestas las gafas de sol que me prestó un amigo —, contemplé el paisaje español de ocho provincias. Dice el refrán que «todo es según el color del cristal con que se mira», y por si el refrán estuviese en lo cierto, estimo un deber advertir al lector, antes de empezar mi relato. No salí ni caballero andante, ni paladín de una causa, ni servidor de una encomienda, ni peregrino de caminos. Mi meta era la capital de España, motivo del viaje «turismo», y el viaje fué raudo. Paisaje y vida, apenas entrevistados a lo largo del camino.

No me parecieron cambiadas las provincias de Gerona y Barcelona, — acaso por sabidas —, tras las gafas prestadas de color oscuro. Lérida me pareció fértil y verde, más verde aún en el recuerdo, al entrar en la provincia de Huesca. Cruza la carretera un Aragón enjuto, de montañas pelonas, terreno inhóspito que solo se suaviza a la vera de los ríos. Manchones verdes en las hondonadas, poseo o crisol de un verde que resbalara, acaso, fundido por las laderas de los montes de un volcán de boca verde, de lava verde, arrasando a su paso todo vestigio de vegetación, toda la gama de los colores medios, dejando la huella de un pardo requemado, lecho de tristes hierbas. Y sobre el paisaje enjuto, pueblos hoscos de color de barro. En cada camino, «plateritos» de blando hocico y andar cansino, sobrecargados, pacientes.

Zaragoza-Ciudad, engalanada en domingo, reía al sol y al viento. La Seo erguía al aire la oración de sus góticas torres. Gótico especial con mezcla de arte mudéjar aragonés. Mientras, el Pilar retaba al cielo con el desenfado de sus once cúpulas barrocas. Pero allí está la Virgen pequeñita, la de los grandes milagros sobre su duro pedestal desgastado por los besos de los fieles, deslumbrante y deslumbrada por el excesivo oro de los altares.

Tapices en la Seo, los tesoros del Pilar, vuelta a la Ciudad, paseo por el Parque, y en la orilla del canal, el cuerpo de un hombre muerto que devolvieron las aguas. Era una hermosa mañana de domingo. Y uno hubiese asegurado que el sol sonreía para todos ¡Absurda convicción! Cada moneda tiene cara y reverso. Cada día tiene anverso y cruz; para unos, ocaso, para otros, amanecida...

Después, largos kilómetros de terreno estepario, de montes sin cabellera. Puerto de Frasno, Puerto de Cavero. En las hondonadas, frutales, cerezos. Estos, con sus motitas coloradas entre sus hojas verdes, daban fe de vida en el desierto circundante y seco. Grupos de chiquillos esptaban el paso de los coches en la carretera con largas banderillas de cerezas. Arte especial de presentar el fruto, que me recordó las pcco

románticas trenzas de ajos y cebollas que adornan nuestras despensas.

Calatayud tiene rosales en su paseo. Heraldos o anticipo a la gloria del Monasterio de Piedra. Gloria asequible a todos, dádiva de la Naturaleza. El parque del Monasterio, cuidado como al descuido, con caminos que parece que se abrieron únicamente bajo la huella de repetidas pisadas, bancos como árboles caídos, sus escalones, uñas de la misma roca, sus lagos, espejos del capricho de álamos y chopos, es pródigo en bellezas y silencios. Sólo las cascadas caprichosas y de caprichosos nombres saltan sus desniveles en sinfonías y canciones. No hay otra música, no hay otra voz. Las truchas de los estanques se cuentan chismes y amores en sartas y collares de burbujas. Se desvanecen en la superficie, y las palabras quedan engarzadas en la luz.

Y en el eco de un silencio brillante, cruzamos Soria.

Guadalajara estaba de fiesta, y en sus pueblos gustaba la gente de bailar en medio de la carretera. Quizá el asfalto gozara del ritmo y de las pisadas leves.

Guadalajara-Ciudad casi desierta, viviría su tarde en el cine. El día agotaba su luz. Madrid la devolvió con creces. Era el día de San Isidro ¡la gran feria! Lucía la capital sus mejores galas. Estaba hermosísima, y nos rendimos a su encanto, a su prestancia de gran urbe, al esfuerzo que suponen sus bien cuidados jardines y al lujo soberbio de sus grandes avenidas.

Acaso exista, pero del «castizo» Madrid, del Madrid del «chotis» nada vimos. Como aquí, impera el cante flamenco y los bailes andaluces. Pos lo visto, es lo clásico para distraer al turismo. Y ante un hecho tan repetido, también nos rendimos. ¡«Olé» por Andalucía!

**UN CHISTE
CADA SEMANA**

—Dios mío! ¿Ha pasado alguna desgracia?
—¡Cal! Es el coche de Fulano que lo ha camuflado así para disimular el signo exterior de riqueza.

**PRESENTADO POR
GUBIAS Y TUBOS
BELLVEHÍ**